



14

Relaciones intergeneracionales: algunas propuestas para el cambio

Texto | **Tomás Castillo Arenal** [*Director Gerente Asociación Amica*].

La discapacidad es un fenómeno que aparece en cualquier etapa de la vida. Algunas personas al nacer tienen ya que convivir con ella, otras como consecuencia de enfermedades crónicas, otras como secuela de un accidente y la mayoría en su ancianidad encuentran distintos tipos de limitaciones en la vista, el oído, la movilidad, etc.

Sin embargo, existe un extendidísima cultura de tratar a las personas con discapacidad como si viviesen una minoría de edad permanente. De forma que las personas que se consideran más capacitadas ejercen de hecho una tutela sobre sus vidas, usurpando inconscientemente el derecho fundamental a vivir de forma independiente. Así, nos encontramos cómo a la hora de tomar decisiones hay con frecuencia otra persona que las toma por nosotros, incluso nos administra el dinero, compra la ropa que cree mejor nos sienta. En algunos casos se nos prohíbe estar con determinadas personas, quedar con amigos o amigas a determinadas horas, formar pareja con la persona que nos gusta.

También está muy generalizada la idea de que la ancianidad supone en cierto modo una vuelta a los comportamientos de la infancia, una "segunda infancia". Quizá por ello muchos mayores se ven impotentes al perder su autonomía personal en la toma de decisiones, en el control sobre su propia vida. Es frecuente que algunos hijos o hijas vean mal que sus pa-

dres o madres de edad tengan aventuras amorosas o formen parejas estables "a sus años". Muchos mayores se encuentran en residencias que no han elegido, porque quisieran estar en su pueblo, o en su barrio, donde poder convivir con la gente conocida de toda la vida.

Hay que llamar la atención de esta situación porque el trato discriminatorio, con actitud sobreprotectora, que entiende a la persona más débil como un menor de edad, lleva a la vulneración de derechos fundamentales, como es el de la intimidad. Es frecuente que entremos en la habitación de una persona mayor, sin pedir permiso, o que se realice el aseo en duchas corridas en presencia de otras personas, como si el pudor ya no existiese cuando somos mayores. Es preocupante con qué naturalidad se hace uso de la cuenta corriente sin autorización alguna por la persona interesada.

Es cierto que esta cultura ha confundido el trato cálido con la persona más débil, con



un papel de superioridad hacia ella de familiares, profesionales y técnicos. Siempre defiendo que, si no somos capaces de cambiar este modelo de relación hacia las personas con discapacidad jóvenes, adultas o ancianas en el intervalo de nuestra generación, nos encontraremos con los mismos problemas cuando nosotros vayamos para mayores.

Pero no menos preocupante es el trato social que damos a las personas que van superando su edad laboral. Parece que de repente se pasa de ser una persona que tenía una responsabilidad, que era útil a la sociedad, a ser una persona "retirada", jubilada, que pasa a depender de los fondos públicos, sin más posibilidades de aportar a la sociedad todo el bagaje de experiencias que hemos aprendido durante largos y trabajosos años.

Resulta sorprendente cómo personas que han ejercido importantes cargos, dirigentes de compañías, son relegadas a pertenecer a clases pasivas, sin que se cuente para nada con ellas. Pero también ocurre con tantas profesiones cuyo conocimiento práctico, el que sólo puede dar los años de experiencia, está en la mente y en las manos de las personas que vamos jubilando y con ello relegando de la vida económica activa.

Pienso, propongo, que es necesario hacer una profunda revisión de nuestro sistema



de participación social, excesivamente mediatizado por la participación en la vida económica, y principalmente basado en las relaciones laborales. No hemos hecho lo suficiente para organizar un modelo de participación donde nuestros mayores puedan seguir aportando sus conocimientos y sus valores a una sociedad tan necesitada de ser vertebrada con lazos distintos a los económicos.

Una sociedad que desprecia todos los recursos humanos que su ciudadanía puede aportar está llamada a desarrollarse más lentamente, y de forma menos armoniosa. La participación de nuestros mayores es una necesidad social, y así lo tenemos que comunicar. De forma que la jubilación laboral sea un paso hacia otro tipo de implicación con tareas del cuidado del medio ambiente, de la humanización de nuestras calles donde encontremos personas que orienten a los visitantes, apoyen a las personas con movilidad reducida en tareas peligrosas como cruzar la calle, o acceder a lugares dificultosos. Podrían realizar tareas de acompañamiento en el hogar a personas que padecen la terrible lacra de nuestra era: la soledad. Sería bueno que en los colegios se diera a conocer a los niños en qué consiste el ejercicio de muchas profesiones, contado por los más expertos, para que se vayan despertando intereses

por estudiar o prepararse en actividades que nos son muy necesarias y de las que el mercado de trabajo carece.

Este modelo de participación que requiere de un mayor desarrollo de la iniciativa social, del movimiento asociativo, y de la dinamización desde los ayuntamientos, es vital para que sigamos sintiéndonos necesarios, importantes, pero **la realidad es que lo somos** cuando la edad nos ha colocado en un posición en la que no nos sentimos legalmente obligados, pero moralmente sí, a seguir construyendo futuro para la sociedad a la que siempre hemos servido.

El mayor de los diálogos intergeneracionales se basará en estos dos grandes principios: el respeto a la dignidad de la persona siempre, independientemente de sus limitaciones, para que siga siendo dueña de su vida, y el desarrollo de un modelo de participación social en el que las personas de edad puedan seguir aportando su experiencia. Avanzando en estos dos caminos el diálogo intergeneracional está asegurado.



“
Una sociedad que desprecia todos los recursos humanos que su ciudadanía puede aportar está llamada a desarrollarse más lentamente, y de forma menos armoniosa. La participación de nuestros mayores no es una necesidad social, y así lo tenemos que comunicar”